

Paquimé, una ciudad de adobe en el desierto de México

En 1958, el arqueólogo Charles Di Peso inició la excavación de una urbe precolombina con una sorprendente arquitectura

Sobre la neblina titilante del desierto de Chihuahua, en el norte de México, se erige una vasta ciudad de adobe cuyos edificios simulan dunas ondulantes, serpientes y aves decapitadas, testigos mudos de ritos ancestrales y de la perfecta comunión entre el hombre y el medio. Se trata de Paquimé, también llamada Casas Grandes.

El primer europeo que la contempló fue el conquistador Francisco de Ibarra durante la expedición que llevó a cabo por el norte de Nueva España en 1565. Baltasar Obregón, en su crónica del viaje, escribió que lo que más impresionó a los españoles fueron el tamaño y el refinamiento de las construcciones residenciales de Paquimé: había «casas de mucha grandeza, altura y fortaleza, de



seis y siete sobrados [pisos], torreadas y cercadas a manera de fuertes para amparo y defensa de los enemigos; tienen grandes y hermosos patios losados con grandes piedras a manera de jaspe, las paredes enjalbegadas y pintadas de muchos colores».

Primera excavación

El panorama era impactante pese a que la ciudad estaba abandonada desde hacía algún tiempo: «Las casas estaban caídas —decía Obregón—, gastadas de las aguas y desbaratadas, por-

que demostraba cantidad de años que las dejaron y despoblaron sus dueños».

Tras la época de los conquistadores, el lugar no volvió a despertar interés hasta la primera mitad del siglo XIX, cuando varios historiadores y viajeros mexicanos y estadounidenses documentaron sus ruinas. Todos ellos tuvieron que esquivar los ataques de los apaches; la labor de los científicos solo se volvió más segura cuando el general Cook logró derrotarlos en 1883. De este modo, el arqueólogo suizo Adolfo Bandelier trazó el primer mapa del sitio en 1884, y el noruego Carl Lumholtz llevó a cabo una pionera investigación etnológica de la zona en 1892.

Hubo que esperar a mediados del siglo XX para que se acometiera la pri-

mera excavación científica y sistemática del yacimiento de Paquimé. Su impulsor fue el norteamericano Charles C. Di Peso, un arqueólogo de personalidad carismática que



DANNY LEHMAN / GETTY IMAGES

PANORÁMICA de algunas de las construcciones de adobe que forman el sitio arqueológico de Paquimé.

<p>CRONOLOGÍA</p> <p>CASAS GRANDES</p>	<p>1564</p> <p>Francisco de Ibarra visita las ruinas de Paquimé, que son descritas por el cronista Obregón.</p>	<p>1884</p> <p>El arqueólogo suizo Adolph Bandelier traza el primer mapa del sitio de Paquimé.</p>	<p>1892</p> <p>El noruego Carl Lumholtz realiza investigaciones etnológicas en la zona de Paquimé.</p>	<p>1958-1961</p> <p>Charles C. Di Peso lleva a cabo la excavación sistemática de Paquimé.</p>
--	--	---	---	--



GRANDES ESPACIOS

LA RECONSTRUCCIÓN bajo estas líneas muestra la compleja arquitectura que desarrollaron los habitantes de Paquimé. Las viviendas se componían de múltiples espacios que resultaban de las ampliaciones que llevaba a cabo cada generación. Se calcula que la ciudad tuvo unos 2.500 habitantes.

renovó profundamente el conocimiento sobre las culturas precolombinas en el suroeste de EE. UU. y el norte de México. Desde su puesto de director de la Fundación Amerind, con sede en Arizona, y en coordinación con el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, Di Peso puso en marcha el proyecto Casas Grandes. Durante tres campañas arqueológicas, entre 1958 y 1961, él y su equipo exca-

varon el 42 por ciento del extenso yacimiento de Paquimé. Los resultados de su labor quedaron recogidos en una obra de ocho volúmenes, titulada *Casas Grandes: un centro comercial caído de la Gran Chichimeca*.

Di Peso distinguió dos períodos bien definidos en la evolución de la ciudad: el período viejo (800-1110) y el medio (1200-1400). Durante ese tiempo, la ciudad creció de manera ordenada, con sectores bien defi-



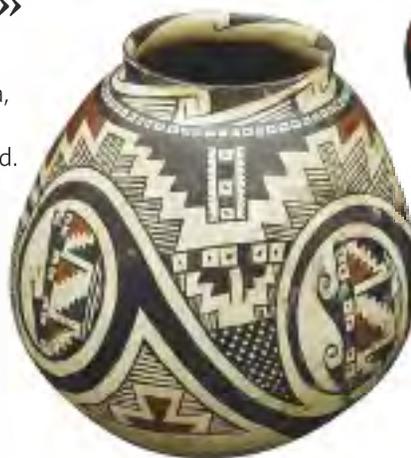
ZONA ARQUEOLÓGICA PAQUIMÉ

«Made in Paquimé»

LOS ARTESANOS de Paquimé elaboraron piezas de cerámica con una decoración característica, en la que destacan las serpientes enroscadas y las grescas escalonadas, símbolo de la ciudad.



▲ Madre con su hijo en brazos. 1250-1450. Museo de Arte del Condado, Los Ángeles.



▶ Recipiente cerámico en forma de tortuga con una gresca escalonada en el centro. 1300-1350. Museo de Bellas Artes, Houston.



▶ Cerámica con tapa decorada con una figura de serpiente. 1150-1350. Museo de Arte, Dallas.



MADRE: ALBUM; RECIPIENTES: BRIDGEMAN / ACI

nidos en los que destacaban edificios residenciales de adobe y monumentos ceremoniales de tierra, pero revestidos de piedra. En conjunto, Di Peso identificó en Paquimé hasta 2.000 espacios destinados a usos domésticos, talleres y almacenes. Las casas estaban construidas en varias alturas y se caracterizaban por disponer de puertas en forma de T. Una de las residencias de mayores di-

mensiones fue la Casa del Pozo, un complejo de unas 330 habitaciones que contó con bodegas, patios, plazas y un gran aljibe para almacenar agua.

El sistema de riego es uno de los aspectos más llamativos de Paquimé. Ya Obregón observó que «había gruesas y anchas canales del río a los pueblos, con que solían llevar agua a sus casas». A pesar del desierto circundante, los ha-

bitantes de Paquimé supieron canalizar el agua de los ríos próximos para cultivar maíz, frijoles y calabazas. Di Peso mostró cómo los canales servían a la vez para llevar agua a las viviendas y a los sembrados y retirar los residuos de las zonas residenciales.

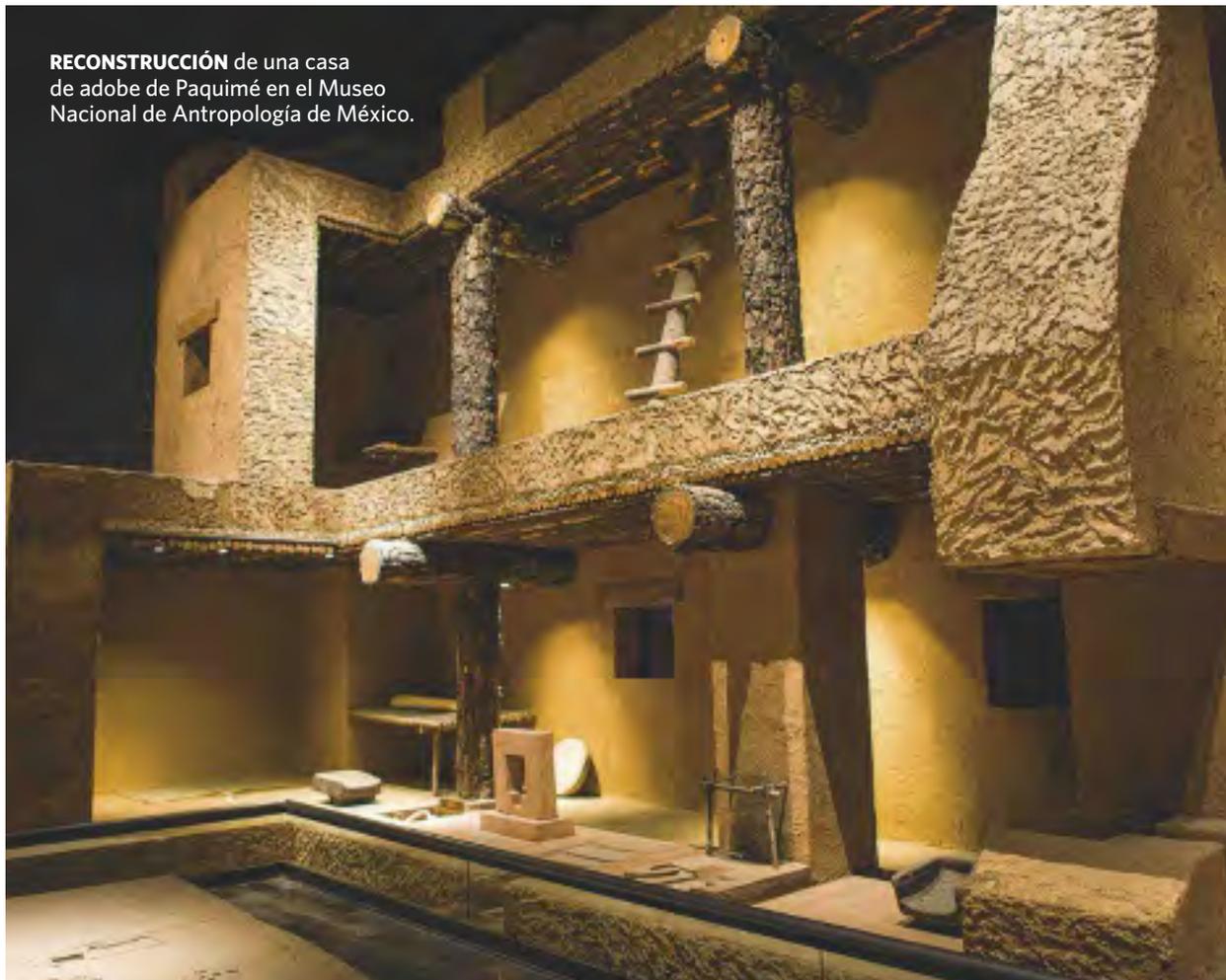
Un centro de comercio

Las excavaciones de Di Peso demostraron igualmente que durante el período de máximo esplendor de Paquimé abundaron los artesanos especializados, que adquirían productos de lujo para transformarlos y comercializarlos. En la Ca-

sa de los Pozos se encontraron bodegas con millones de conchas marinas de sesenta especies diferentes procedentes del océano Pacífico, así como cincuenta vasijas de la región del río Gila y piedras turquesas, sal y selenita, materiales todos ellos que procedían de la tierra de los indios Pueblo, en el sur del actual EE. UU. En otra casa se encontraron nichos para criar guacamayas, un ave procedente de la lejana Veracruz cuyas plumas eran muy apreciadas.

Di Peso puso esta actividad económica en relación con los llamados *pochtecas*,

En una de las casas se hallaron nichos para criar guacamayas, cuyas plumas eran muy apreciadas



RECONSTRUCCIÓN de una casa de adobe de Paquimé en el Museo Nacional de Antropología de México.

ALAMY / CORDON PRESS

comerciantes de larga distancia procedentes del centro de México que habrían convertido Paquimé en un importante centro comercial para distribuir sus productos. El arraigo de esta población de origen mesoamericano explicaría igualmente la existencia en la ciudad de canchas para el juego de pelota y recintos ceremoniales característicos de las civilizaciones de la meseta mexicana, así como la práctica de sacrificios humanos, atestiguados por las evidencias arqueológicas.

Después de Di Peso, otros arqueólogos han trabajado en la laberíntica ciu-

dad de barro de Chihuahua, a veces confirmando y otras corrigiendo los planteamientos del arqueólogo norteamericano. Su teoría sobre los *pochtecas*, por ejemplo, ha sido puesta en cuestión. Aunque se considera un acierto incluir la cultura de Casas Grandes dentro de un espacio cultural más amplio —el área que Di Peso denominó la Gran Chichimeca—, hoy se estima que la extensión del dominio que ejercía Paquimé no fue tan grande como supuso el arqueólogo norteamericano. Otra tesis que también se ha revisado es la que atribuía el abandono

de Paquimé al incendio provocado por un ataque enemigo; hoy se apunta a cambios medioambientales que obligaron a sus habitantes a emigrar a zonas más apacibles.

Una joya arqueológica

La labor de Di Peso y sus continuadores ha sido determinante para que se reconozca el valor arqueológico y cultural de Paquimé y para que, en 1998, la Unesco incluyera el yacimiento en la lista del Patrimonio Mundial. La protección de estos tesoros arqueológicos frente a los saqueadores y la feroz erosión es un

desafío constante. Pero la colaboración internacional y la investigación de especialistas diversos (historiadores del arte, etnógrafos, biólogos...) abren nuevas perspectivas que permiten soñar con completar el puzzle de Paquimé. Hasta ahora solo se ha desvelado una pequeña porción de los muchos secretos de esta joya de la arqueología mexicana. ■

ISABEL BUENO
HISTORIADORA

Para saber más

Paquimé
Eduardo Contreras. Centro Regional de Chihuahua, 1988.